

*UN ESLABON DEBIL EN LA CADENA
DEFENSIVA NORTEAMERICANA DEL PACIFICO*

Tal y como habían empezado, era difícil, cuando no imposible, que acabasen bien los dos mandatos presidenciales de Dwight David Eisenhower. «I shall go to Korea» («Iré a Corea»), en función de paz, no de guerra, había sido la nota culminante y decisiva de la campaña presidencial del otoño de 1952, cuando había cumplido ya bastante más de dos años una guerra que podía ser vital para los Estados Unidos, pero que la opinión popular no daba señal alguna de reconocer más que como la causa de los norteamericanos que iban muriendo, por docenas de miles, tan lejos de la patria, y sólo por afianzar la independencia de un país que costaba mucho trabajo saber qué era y dónde estaba. Eisenhower había hecho la promesa para el caso de resultar elegido, que a juicio de muchos fué el factor decisivo de las elecciones presidenciales de aquel año. Y Eisenhower no esperó a tomar posesión del cargo para ir a Corea, estudiar la situación y preparar el terreno para la terminación de unas conversaciones de armisticio que se habían hecho interminables y el retorno a la paz, aun cuando fuese en condiciones con las que no todos estaban de acuerdo, por los Estados Unidos.

Casi ocho años después, en condiciones y circunstancias poco más que fortuitas y no muy fáciles de explicar —como que eran consecuencia de la proyectada visita a la Unión Soviética, que la descortesía del primer ministro Jruschef obligó a que fuese abandonada— el presidente Eisenhower se proponía realizar un nuevo viaje al lejano Oriente, que se decía ser de paz también y de amistad, pero que nunca podría ser de paz en las condiciones mismas o parecidas de aquel otro. En nombre de la paz, buscaba la consolidación de posiciones militarmente fuertes, con la esperanza de asentar con firmeza los cimientos de un poderoso sistema defensivo, capaz de contener la fuerza expansiva de la China comunista. La mejor indicación de que había una gran diferencia entre uno y otro viaje estaba en

que pronto se había perdido de vista el pretexto que había dado pie para hacer por el Japón una corta escala en el viaje de retorno de la visita a la Unión Soviética, en proyecto desde hacía largos meses. Entonces se trataba de conmemorar el centenario de un acontecimiento que había iniciado un período de relaciones mutuamente beneficiosas y relativamente cordiales la mayor parte del tiempo. Después de haberse suspendido la visita a la Unión Soviética, que hacía innecesario y hasta injustificada la visita al Japón, se empezó a pensar, en Wáshington y Tokio, en que una visita de Eisenhower al Japón estaría no sólo justificada, sino que sería además sumamente beneficiosa.

Desde hacía algunos meses estaba abierto un proceso de revisión y reforzamiento de lo que se había llegado a considerar como el eslabón vital de toda cadena estratégica y de todo el sistema defensivo de los Estados Unidos por el Pacífico occidental. Ciertos acontecimientos, como la caída del régimen del presidente Syngman Rhee, en la Corea del Sur, la persistente infiltración comunista por una gran parte del sudeste asiático, especialmente por el Vietnam del Sur, la presión sobre las fronteras de la India y Birmania, el proceso de brutal y definitiva integración del Tibet en la China comunista —una potencia ésta de 650.000.000 de habitantes— estos y otros acontecimientos aconsejaban el fortalecimiento de todo el sistema de bases y posiciones avanzadas con que la potencia norteamericana había jalonado el perímetro del mundo comunista por esta parte del mundo, algo similar en definitiva a lo que unos pocos años antes se había empezado a construir por el Occidente, desde Thule, en el extremo norte de la Groenlandia, hasta Turquía y más adentro, por el continente asiático adelante.

Excesivamente complicado.

Por un lado y por otro, el cinturón de acero con que se había querido ceñir toda la periferia comunista para contener con eficacia su tendencia al desbordamiento constante, había empezado a dar ciertas señales de enmohecimiento, e incluso descomposición, con el paso de los años. Por Europa, sin duda alguna. Pero también por el Oriente Medio y, más todavía, por el Lejano Oriente, donde todo el sistema era de una gran complejidad. Por un lado se apoyaba en la C. E. N. T. O., u Organización del Tratado Central, que era la continuación de aquel Pacto de Bagdad que sufrió un serio contratiempo con la revolución que acabó con la mo-

narquía hechemita del Iraq y la vida de uno de los resueltos y eficaces amigos del Occidente por esa parte del mundo: el general Nuri el Said, para descansar más adelante en la S. E. A. T. O. u Organización del Tratado del Sudeste Asiático, en el A. N. Z. U. S., un anterior tratado negociado entre Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos y, sobre todo, por el Lejano Oriente, quizá el punto más importante de todo ese sistema defensivo oriental, en el tratado negociado —es un decir— entre los Estados Unidos y el Japón, y que había entrado en vigor, por tiempo indefinido, en 1951.

Había sido negociado, como se recordará, en los días de la Administración de Harry S. Truman —el mismo que había hecho que los Estados Unidos entrasen en la guerra de Corea, que Eisenhower había hecho promesa de concluir—, pero la negociación había corrido a cargo casi exclusivamente de John Foster Dulles, aquel abogado internacionalista que dos años después era secretario de Estado, con Eisenhower precisamente. Era un tratado duro. Pero el Japón no había tenido más recurso, en realidad, que firmar al pie de un documento que había sido concebido para un mundo inmóvil, en situación de *statu quo* permanente, en el que, por lo tanto, los Estados Unidos podían mostrarse generosos y dar a su política de ocupación el carácter de un compromiso contractual. Los hechos se encargaron pronto de demostrar que el mundo de la posguerra continuaba moviéndose y que aquel tratado necesitaba alguna modificación para ponerlo a tono con el ambiente.

Los Estados Unidos eran, naturalmente, la fuerza vital de todo el sistema defensivo construido en derredor de una gran parte del mundo comunista; pero este sistema se distinguía singularmente por la aparente fortaleza de dos tramos, uno por el Occidente, que empezaba en la Groenlandia y terminada por Italia, y el otro por el Oriente, que empezaba en Alaska, por las islas Aleutianas, y terminada en las Filipinas. (Todo lo demás tenía mucho menos consistencia y en algunas partes ni siquiera existía, como en la porción cubierta por la India y una parte del sudeste asiático.) Desde un principio casi estaba de manifiesto una tendencia irresistible a hacer girar toda esa línea estratégica por el Occidente y por el Oriente, sobre un punto vital, situado en Alemania por un lado y en el Japón por el otro. Aquí se podría decir no que la fuerza y consistencia de una cadena depende del más débil de sus eslabones, sino de la fuerza y consistencia de ese punto central.

No hace falta hablar —ni sería este tampoco el lugar— de la Alemania

occidental. Pero sí tenerla en cuenta al pensar en la importancia del papel que el Japón juega en la línea estratégica norteamericana a lo largo del Pacífico occidental. Y más todavía cuando se piensa en la peligrosa penetración hacia el sur de la península de Kamchatka, con la gran base de submarinos de Petropavlovsk, casi en la punta meridional, y con la cadena de las Kuriles que acaba a sólo un par de kilómetros de una de las grandes islas del archipiélago japonés. Es una cuña que se adentra peligrosa, amenazadoramente, por el sistema defensivo norteamericano y que aumenta de una manera fabulosa la importancia del Japón.

Trato de igualdad.

Es tal la importancia de esta posición, que sólo se empieza a comprender cuando se tiene en cuenta que en unas islas de formación volcánica y nada fértiles, por término medio, con una superficie que no llega a los 370.000 kilómetros cuadrados, viven ya bastante más de 90 millones de seres, a razón de casi 250 por kilómetro cuadrado, y se ha creado el sistema industrial más avanzado y productivo de todo el mundo asiático. Desde este punto de vista, el Japón podría muy bien considerarse como la Alemania del Oriente. (También allí, para que la analogía sea más acabada, se ha producido un gran «milagro» económico, un desarrollo industrial y comercial sin precedentes y del cual son manifestaciones hechos tan fantásticos como la presencia de fábricas japonesas en suelo de Irlanda.) Desde un punto de vista estratégico, la posición del Japón en el sistema defensivo norteamericano por el Pacífico occidental podría compararse con la que se daría por el Occidente si de pronto Inglaterra se pasase al lado comunista o, en cualquier caso, al lado neutralista. El empeño en mantener todo lo demás intacto, como si nada hubiese pasado, conduciría, naturalmente, al derrumbamiento estruendoso de lo que con tanta decisión y tanta prisa se había levantado para contener una marea que se empeñaba en seguir subiendo y avanzando.

Para evitar que llegase una coyuntura parecida, los Estados Unidos consideraron conveniente la revisión y renovación del tratado de 1951, a pesar de ser tan favorable y de su duración indefinida. En adelante, el Japón sería un asociado de los Estados Unidos en un sistema defensivo que obligaba mucho más a los Estados Unidos que al Japón, puesto que los Estados Unidos se comprometían a acudir en defensa del Japón, en el caso de ser víctima de un acto de agresión externa; pero el Japón no

necesitaba, si eso era lo que Jeseaba, acudir en auxilio de los Estados Unidos en el caso de ser éstos los atacados en su propio suelo; claro que en el tratado se daba renovada actualidad y vigencia al sistema de bases norteamericanas construidas en suelo japonés, cuestión esta de vital interés para los Estados Unidos y de creciente preocupación para el pueblo japonés, a la vez que se le fijaba un plazo máximo de duración de diez años, al cabo de los cuales podría ser renovado o modificado.

Por el Pacífico occidental, por esa región que en la práctica se extiende desde el Japón a las Filipinas, los Estados Unidos tienen actualmente estas fuerzas: 67.000 soldados del ejército de tierra, incluídas las dos divisiones con armamento atómico estacionadas en la Corea del Sur —la primera división de caballería y la séptima de infantería, ninguna de ellas con todos sus efectivos— y la 25 división de infantería, que aun cuando perteneciente a este sector se halla estacionada en las islas Hawai. En Okinawa hay 1.900 soldados, un grupo regimental de batalla de la 82 división. 2.800 aviones, una gran parte de ellos en las bases del Japón, donde está la V Fuerza Aérea de los Estados Unidos, con unos 30.000 hombres distribuidos en once bases de caza; la verdadera potencia aérea norteamericana por el Pacífico esta, sin embargo, en Okinawa y Guam, bases del Mando Aéreo Estratégico, con aviones de bombardeo intercontinental «B-52» en número suficiente para proceder en pocos instantes a la devastación de todos los principales centros industriales y de población de China. 460 unidades navales, con unos 260.000 hombres, entre las cuales se encuentran los 75 barcos de guerra que forman el núcleo esencial de la VII Flota, entre los cuales se cuentan media docena de portaviones, con un total de unos 600 aviones de caza y bombardeo, con armamento atómico y en condiciones teóricas para entrar en acción en cualquier momento. Con la VII Flota se está haciendo algo parecido a lo que es característica de la VI Flota norteamericana, en el Mediterráneo, que está en condiciones de mantenerse permanentemente en el mar, perfectamente abastecida y pertrechada, sin necesidad en ningún momento del apoyo de las bases navales.

Humillación sin precedentes.

El debate de ratificación de ese tratado en la Dieta, donde el partido del jefe del Gobierno, Nobusuke Kichi —el liberal-demócrata, formado por la fusión de los dos partidos principales del país hasta que se inició el

desarrollo de un movimiento socialista de dimensiones considerables— contaba con una mayoría abrumadora, puso de manifiesto lo que muchos observadores venían sospechando desde hacía tiempo. La colaboración activa del Japón con los Estados Unidos en los años de la posguerra, asentada en la política desarrollada por el general Douglas Mac-Arthur durante todo aquel tiempo en que fué comandante supremo aliado y jefe de las fuerzas de ocupación norteamericanas —cargo que más tarde simultaneó con el de jefe de las tropas norteamericanas en Corea, hasta su destitución por el presidente Truman— era efectiva, sin duda, pero no espontánea. Estaba vivo el recuerdo de una guerra de trágicas consecuencias y, sobre todo, de las dos bombas atómicas arrojadas contra otras tantas ciudades, Hiroshima y Nagasaki. Y la guerra había interrumpido radicalmente la carrera fulgurante del Imperio japonés y le había hecho retroceder, por añadidura, a posiciones más reducidas que las que, desde hacía muchos años, se venían considerando como porciones esenciales del patrimonio nacional

El Japón había perdido incluso mercados que podían considerarse como indispensables puntos de apoyo para el sostenimiento de una actividad industrial, sin la cual apenas se podría pensar en la vida futura de la nación. Necesitaba de esos mercados perdidos a lo largo de todo el Pacífico para la obtención de materias primas y combustibles y para la colocación de sus productos manufacturados. El Japón por el Pacífico, como Inglaterra por el Atlántico, necesitaba comerciar para poder vivir. Ni más ni menos.

La posición en que se llegó a encontrar resultaba más incómoda o más incongruente desde el momento en que el comunismo se apoderó de toda la China continental, para fines de la década de 1940. En contra de su natural inclinación a mantener relaciones comerciales con China y a ampliarlas en todo lo posible, el Japón se vió obligado a seguir los consejos y aceptar las directrices de los Estados Unidos, de abierta y creciente hostilidad al nuevo régimen chino y de oposición sistemática a su reconocimiento y a su ingreso en las Naciones Unidas. Ante la imposibilidad, pues, de concurrir a unos mercados que había explotado largamente —y a los cuales había hecho contribuciones de incalculable importancia, como el desarrollo de la industria pesada de la Manchuria y la creación por la región de Shanghai de una poderosa industria textil que posteriormente ha seguido desarrollándose y de la cual se dice que tienen hoy una producción que acaso iguale ya a la de toda la industria textil de la Gran

Bretaña— el Japón ha tenido que orientarse hacia otros donde había de tropezar necesariamente con enormes dificultades. Mientras una gran parte de la industria japonesa era destruída sistemáticamente por la aviación norteamericana —las destrucciones ocasionadas por las atómicas fueron tan enormes como espectaculares, pero de muchas mayores dimensiones fueron los estragos producidos por los bombardeos en masa y casi a diario de Tokio, Yokohama y muchos otros centros industriales— la industria de otros países, en particular los Estados Unidos, continuaba intacta y creciendo y sus productos eran los únicos prácticamente que podían satisfacer las necesidades de unos mercados de los cuales había desaparecido la competencia.

Todo, pues, tendía a la acumulación de posos que algún día harían menos cordial y eficaz la colaboración del Japón con los Estados Unidos y a la creación de unas condiciones que culminaron en lo que una revista norteamericana describió como la mayor vergüenza porque hubo de pasar un presidente de la nación. «Nunca en la historia de los Estados Unidos —dijo «Newsweek»— se ha visto un presidente norteamericano tan humillado mientras se encontraba de viaje por el exterior».

Más de lo esperado.

La humillación resultó mucho menos aceptable, porque habría sido tan fácil, en realidad, el haberla evitado. Hubiera bastado con haber cancelado una visita que no tenía razón de ser, puesto que no era otra cosa en el fondo que una escala en el viaje de retorno de la visita a la Unión Soviética, que se había preferido hacer por el Pacífico antes que por el Atlántico. Se había mostrado un gran interés porque ese proyectado viaje de vuelta de Eisenhower se hiciese volando por encima de la Siberia misteriosa, y casi toda ella encubierta por el velo de un secreto, raras veces penetrado, y aun así sólo parcialmente, como no fuese por las incursiones, al parecer nada infrecuentes, de aviones del tipo de aquel «U-2» que tuvo la desventura de perder mucha altura cuando marchaba por encima de la región de Sverdlovsk, el día primero de mayo de este año. ¿Se trataba de completar algún aspecto de las observaciones subrepticias hechas con la ayuda de estos aviones, algunos con base en el Japón, cargados de aparatos fotográficos de increíble potencia y sistemas electrónicos maravillosos? Los rusos recelaban, sin duda, y una demostración de ello estaba en que al vicepresidente Richard M. Nixon, que también había preferido seguir

esa ruta en el viaje de retorno de una visita a la Unión Soviética, se le obligó a volver por donde había ido. En cualquier caso, como el viaje no pudo hacerse, no había justificación esencial para hacer las escalas intermedias a la ida o a la vuelta.

Se le encontró justificación, sin embargo, en unos momentos en que las relaciones entre el Japón y los Estados Unidos daban ya la impresión de asomarse a una fase muy delicada. Por un lado estaba la resistencia, muy enconada, de la minoría socialista —formada por unos 125 diputados de la Dieta, a los cuales se habían sumado, para esto, los 40 que algún tiempo atrás se habían separado, para formar un partido Socialdemócrata, de tendencias claramente burguesas, destinado quizá a formar la oposición que había desaparecido con la fusión de liberales (los conservadores del Japón) y demócratas (que eran los antiguos liberales) y crear así un clima favorable para el desarrollo de una democracia parlamentaria —a la ratificación del tratado con los Estados Unidos—. Por el otro, estaba la situación general producida por el incidente del «U-2» y el fracaso de la conferencia de la cumbre que se debería de haber celebrado en París, el 16 del pasado mayo. Ese incidente y la actitud retadora de la Unión Soviética —y de la China comunista también— al amenazar con represalias nucleares contra los países donde hubiese bases norteamericanas con aviones de ese tipo (en el Japón había entonces tres aparatos «U-2», alguno de ellos seguramente destinado a realizar vuelos como el que fué la causa directa de ese grave incidente), creó en el Japón un clima político sumamente desfavorable para Nobusuke Kichi y sus colaboradores.

Descansando fuertemente en su gran mayoría en la Dieta —la Cámara baja del Parlamento japonés— con 269 diputados de un total de 467, Kichi estaba empeñado en conseguir la ratificación del tratado negociado con los Estados Unidos y firmado durante uno de sus viajes a Washington, el pasado marzo. Contaba con los votos y, además, con el convencimiento de que unas nuevas elecciones le darían un triunfo poco más o menos como el salido de las celebradas el año pasado. La tendencia nacional en el Japón era hacia el conservadurismo y no había razón alguna para pensar en que el conservadurismo, representado en el Parlamento por el partido Liberaldemócrata, fuese a naufragar, ni siquiera después de alzarse contra él escollos como ese del tratado negociado con los Estados Unidos, mientras durasen por lo menos las condiciones de una gran prosperidad económica, como venía sucediendo.

Possible oportunismo.

Factores de política interna vinieron a complicar las cosas, sin embargo. La campaña antinorteamericana contaba con un ambiente favorable. Esto se había visto en otras ocasiones en el pasado, especialmente cuando se trataba de incidentes debidos a la presencia de tropas y bases norteamericanas en el Japón. Se podía decir que no existía un solo periódico japonés de importancia que no criticase con dureza a los Estados Unidos, siempre que se le presentaba la ocasión de hacerlo.

Se podía, es más, pensar que hasta el propio Kichi vería con disgusto, para sí mismo, algunas por lo menos de las cosas que se sentía obligado a hacer. Toda su historia resultaba significativa cuando no sospechosa. Había sido ministro en alguno de los Gobiernos de los días de la segunda guerra mundial, y ministro de Municionamiento; es más, había sido, a la terminación de la guerra, condenado por un tribunal norteamericano, como «criminal de guerra» y hubo de pasar tres años en un campo de prisioneros, dedicado a labores tan poco edificantes como la limpieza de retretes.

Por su formación, por la experiencia de los años que siguieron inmediatamente a la terminación de la guerra, Kichi, a duras penas, podría ser un colaborador leal y entusiasta de los Estados Unidos. Sería, en el mejor de los casos, un estadista dispuesto a sacar el máximo rendimiento de unas circunstancias que no permitían todavía, a su manera de comprenderlas, realizar una política de total independencia. En cualquier caso, ese tratado representaba un gran paso hacia adelante. Ya el Japón era considerado como una potencia con la cual era necesaria negociar, de igual a igual, no como había hecho mister Dulles diez años antes.

Y a pesar de todo, subía perceptiblemente la resistencia: en el Parlamento había una gran resistencia —incluso entre los diputados de la mayoría liberal-demócrata— a ratificar el tratado, y en la calle. En la calle era donde se estaba organizando con gran rapidez.

Contra el tratado empezaron a agitar los estudiantes, dirigidos por la federación universitaria «Zengakuren», normalmente dividida entre stalinistas, amigos de la Unión Soviética, una fracción que se calificaba de moderada, y trotskistas, éstos violentamente antisoviéticos. En esta ocasión, la «Zengakuren» se lanzó unida y con una organización poderosa —y al parecer con abundancia de fondos también, que se dice llegaron,

por lo menos en una gran parte, de Pekín— y arrastró pronto a la federación de sindicatos llamada «Sohyo», que controla alrededor de 3.500.000 de los ocho millones de obreros sindicados del Japón. Con dos fuerzas así, para empezar, y con la oposición resuelta de los dos grupos socialistas de la Dieta, así como la repuisa unánime de la Prensa, que condenaba a diario no sólo el tratado nipo-norteamericano, sino que atacaba también con dureza la política exterior de los Estados Unidos y la presencia de aviones «U-2» en bases norteamericanas en el Japón, era tarea relativamente fácil crear una atmósfera como la que acabó haciendo imposible la visita del presidente Eisenhower al Japón. Y una pérdida tal de prestigio para los Estados Unidos por el mundo oriental, que acaso sus consecuencias se dejaran sentir largamente mucho más allá de las próximas elecciones presidenciales norteamericanas, en cuyo resultado habrá de reflejarse de alguna forma el rápido cambio de decorado que hizo que el «espíritu de Sverdlovsk» reemplazase del todo al «espíritu de Camp David».

Hacia el neutralismo.

Más de un comentarista ha calificado ya el grave incidente como «un segundo Pearl Harbor». Desde un punto de vista puramente estratégico, el golpe ha sido brutal, ya que es de esperar una acentuada tendencia japonesa hacia el neutralismo y la posible anulación, en la práctica, de ese tratado de seguridad negociado entre los Estados Unidos y el Japón, aun cuando legalmente, una vez que ha sido ratificado por los órganos competentes de una y otra potencia y han sido cambiados los instrumentos de ratificación (con un apresuramiento evidente, puesto que apenas fué ratificado por el Senado norteamericano, donde se habían producido enojosas demoras, se procedió al canje, mientras el presidente Eisenhower estaba todavía descansando en las islas Hawai, sin apenas tiempo material para su firma), tiene asegurada la duración por el período de tiempo establecido, diez años. Pero ya se habla de una posible revisión. Mucho depende de lo que salga de las elecciones, que seguramente habrán de ser una de las consecuencias lógicas de la dimisión de Kishi, víctima de la oposición, que adquirió mucha importancia, incluso en su propio partido, y de no haberse dado cuenta de una cosa fundamental: que lo peor que podía hacer para afianzarse en el Poder era recurrir abiertamente, como hizo, al intento de movilizar a la opinión para destrozarse la resistencia en la calle de estudiantes, obreros y agitadores.

Vichi, el embajador de los Estados Unidos, Douglas Mac-Arthur II (sobrino del general Mac-Arthur) y otras personalidades, confiaban hasta casi el último momento en que se podría dominar la situación. Por lo pronto, la estruendosa oposición callejera, que llegó a producirse a diario, estaba tan sumamente organizada, que sólo en circunstancias desventuradas llegó a producirse un muerto, una joven universitaria. Había heridos, muchos heridos, de palos, piedras, puñetazos y el procedimiento clásico del policía japonés de dar con la rodilla en el vientre a cualquiera que intentase ofrecerle enconada resistencia (Sólo en casos extremados y especificados puede la fuerza de policía del Japón, unos 125.000 hombres para todo el país, recurrir a las armas; y el Ejército, que no lleva oficialmente ese nombre, formado por alrededor de medio millón de soldados para tierra, mar y aire, no ha sido, hasta ahora, empleado para semejantes fines.) Cuando el secretario de Prensa del presidente Eisenhower, James C. Hagerty, y el embajador norteamericano, Mr. Mac-Arthur, se vieron rodeados por una multitud que hacía imposible continuar el viaje desde el aeródromo a Tokio —la carretera estaba llena de jóvenes tumbados en el suelo, los neumáticos habían sido destrozados— pudo tenerse una idea de lo perfectamente organizada que estaba la manifestación. La policía tardó mucho en acercarse. Durante casi hora y media estuvieron esos personajes a merced por completo de una masa vociferante que pedía a gritos que no fuese Eisenhower a Tokio, que se marchasen los norteamericanos del país, que sacasen de allí a los aviones «U-2» y muchas cosas más, cada una un poco más ofensiva que la anterior. Gritos de tan manifiesta hostilidad como el de «quien a hierro mata a hierro muere» y algún que otro insulto. Pero nada de ataques personales. Podían quedar astillados algunos cristales, consecuencia de una pedrada tirada cuando todavía no se había detenido, y podía incluso algún joven armado de un gran palo haberse subido encima para darle golpes y bailar una especie de danza ritualística sobre la cabeza del embajador norteamericano; pero en el momento en que algún manifestante intentaba acercarse al coche en actitud agresiva, era contenido, no por la policía, que no estaba allí, sino por los mismos estudiantes, que habían formado una especie de barrera protectora en torno del maltratado «Cadillac», un hermoso coche negro del que había desaparecido la bandera de las cincuenta estrellas, arrancada por la multitud y destrozada.

La contramanifestación.

Se podía pensar, sin duda, en organizar una contramanifestación. Ni Kichi ni el embajador de los Estados Unidos podían pensar que un posible sentimiento pacifista y neutralista, apoyado en una Constitución impuesta por los Estados Unidos, en la que se había prohibido la formación de un Ejército y la guerra, se llevase hasta el punto de crear un movimiento mayoritario en favor del comunismo, que era el más llamado a beneficiarse de una situación como aquella. Pero en lo que no se podía pensar de ninguna manera, era en cancelar la invitación para la visita del presidente Eisenhower, ya que, en el punto a que se había llegado, aquello acabaría automáticamente con Kichi, con el tratado y quizá con las bases norteamericanas también.

Había muchas razones para actuar, aun cuando el Gobierno no se sintiese con ánimos para recurrir al Ejército —sólo se anunció que se habían colocado en actitud de alerta a unos 25.000 soldados, que no se vieron, además, por parte alguna, ni siquiera para movilizar a toda la policía. Mejor deshacerse de aquellas masas vociferantes que parecían dispuestas a humillar a los representantes de los Estados Unidos, aun cuando nunca a producirles daño físico alguno, con una buena y vigorosa contramanifestación.

Tanto el Gobierno como el partido Liberal-demócrata pusieron sus recursos a disposición de los organizadores de la contramanifestación, que se esperaba barriese las calles de las proximidades de la Dieta y la Embajada de los Estados Unidos, en particular, a las masas que las llanaban a diario. Pero en la ciudad había una manifiesta indiferencia y en el interior no se encontró a los campesinos que, beneficiados de la reforma agraria —también obra de la ocupación norteamericana—, formaban un estado de opinión resueltamente anticomunista. La tentativa quedó frustrada antes de nacer y el Gobierno acabó, en fin, por rogar al presidente Eisenhower, cuando ya se encontraba en Manila, que dejase la inminente visita para mejor ocasión.

Pasaban del millar los heridos, bastantes más policías que estudiantes, en los hospitales de Tokio y nadie quería o podía contener aquella situación de desorden que anunciaba el comienzo del fin de la colaboración entre el Japón y los Estados Unidos en una labor de consolidación de las posiciones defensivas contra el comunismo por el Pacífico occidental. Ei-

senhower pasó por alto la visita a Tokio, naturalmente, pero sólo lo hizo después de haber apurado un trago amargo. Todavía unos instantes antes de llegar la comunicación por teléfono, cuando se disponía a pronunciar un discurso en la capital de las Filipinas, su secretario de Prensa había tratado con insolencia, más bien que con desprecio, a un corresponsal que había tenido la osadía de comunicarle que había ya claros rumores de que el viaje presidencial al Japón había sido cancelado.

—Ocupate tú de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos —comentó Hagerty, roto de ira, a tiempo que afirmaba que el viaje a Tokio se haría, naturalmente. Pocas veces en la historia de los Estados Unidos se había tratado de esa manera a un representante de la Prensa. Y menos por un funcionario que, como Hagerty, no había sido durante la mayor parte de su vida otra cosa que periodista.

Una situación muy embarazosa.

Desde Manila, el presidente Eisenhower fué a Taipeh, la capital de Taiwan (Formosa), viajando en un crucero pesado y con la escolta y protección de una de las mayores formaciones navales y aéreas de todos los tiempos, por lo menos en un ambiente de paz. Y con el acompañamiento trágico del lejano rumor del intenso bombardeo comunista de las islas costeras de Quemoy y Matsu, un bombardeo del que resultaron muertos, heridos y grandes destrucciones de casas, con un hospital, entre ellas. En Taipeh, y hablando en nombre de una decisión inquebrantable de mantener y sostener la paz internacional, Eisenhower prometió apoyo al generalísimo Chiang-Kai-Chek, para el caso de que un ataque comunista contra las islas costeras pudiese representar un peligro para Taiwan, la isla donde continúa el Gobierno de la China nacionalista.

Eisenhower prometía ayuda al presidente de la China nacionalista y Pekín y Moscú sacaban provecho de un ambiente sumamente favorable, lanzando ataques y descargando amenazas contra todo el que se prestase a seguir manteniendo bases desde las cuales pudiesen realizarse vuelos destinados a surcar los cielos de soberanía comunista. El embajador soviético en Tokio entregó una nota al ministro de Asuntos Exteriores japonés en la que se hablaba de las «consecuencias peligrosas» de la ratificación del tratado nipo-norteamericano; y se decía:

«Las acciones criminales de los militares de los Estados Unidos y los intentos del Gobierno japonés por justificar su participación en ellas,

están demostrando de nuevo la naturaleza agresiva del pacto militar japonés-norteamericano.»

Se acentuaba la presión y continuaba el presidente Eisenhower viaje hacia Okinawa, una isla largamente de soberanía japonesa y cuyo retorno anhela el Japón, sin conseguirlo, y hacia Seul, capital de la Corea del Sur. Pero era ya un viaje infinitamente penoso. En Okinawa fué preciso movilizar a miles de soldados norteamericanos para impedir que las manifestaciones hostiles se aproximasen demasiado al coche presidencial. Se hacía un intento tras otro y alguna vez hasta cedían los cordones de protección. Pero se restablecían, sin embargo, antes de que la aproximación resultase realmente peligrosa. Había llegado a ser lo suficiente, con todo, para que se pudiesen ver los carteles y oír las frases y consignas, como una que decía: «Nos gusta Ike, pero nos gusta el Japón más todavía»; y otra que pedía: «Nada de «U-2» en Okinawa». Con frecuencia se oían gritos de «Ike, queremos volver a la patria».

En Seul, donde la estancia se alargó un poco, todo fueron aclamaciones y aplausos y grandes demostraciones de simpatía. En ningún otro sitio podía, en aquellos momentos, sentirse Eisenhower más seguro. Por allí andaban los soldados norteamericanos para cuidarse de que nada desagradable hubiera de sucederle mientras estuviese en Corea. Unos soldados que continuarían allí mucho tiempo, es de suponer, pues la maniobra comunista, pidiendo la retirada de todas las fuerzas extranjeras en Corea, encontró una repulsa inmediata y resuelta. Continuarán allí, se contestó, hasta la reunificación democrática de Corea. Y esto, como la reunificación de Alemania, es posible que se tarde mucho en conseguirlo. Es más, es posible que ya no se consiga en un futuro previsible. A menos que para alcanzar ese ideal se llegue otra vez a la guerra.

No era el momento de los concesiones. Era el momento de la pesadumbre, reflejada en un comentario del aspirante a candidato demócrata a la presidencia y jefe de la mayoría en el Senado, Lyndon B. Johnson, al calificar como «una situación de lo más embarazosa» la que se produjo al suspenderse la visita de Eisenhower a Tokio.

Un examen de conciencia.

Costaría trabajo encontrar, por aquellos días, una sola observación que reflejase optimismo y confianza en el futuro, del lado norteamericano. El golpe que había sufrido el prestigio de los Estados Unidos era

enorme y podría tener serias repercusiones en todo un vasto panorama en estado de alarmante fluidez. Es peligrosa la situación en Laos, y por el Vietnam del Sur se calculan en un promedio de diez los asesinatos que diariamente cometen los guerrilleros comunistas, que actúan casi siempre de noche, hasta el punto de que ha sido necesario en algunas regiones adoptar el sistema de las «agrovillas». Se trata de concentrar a los campesinos de las aldeas pequeñas en centros protegidos por importantes destacamentos militares, ya que no resulta viable movilizar toda la protección armada indispensable para cortar de raíz las incursiones guerrilleras, organizadas seguramente en el Vietnam del Norte. La situación, por muchas partes, es alarmante y el comunismo chino se ha encontrado, sin esperarlo, con un triunfo fantástico. Un triunfo que es mayor por la mucha persistencia en achacar exclusivamente al comunismo, que en el Japón no tenía hasta ahora más de un diputado, la culpa de lo sucedido en Tokio. La culpa es de una combinación de factores en los que juega el nacionalismo un papel de incalculable importancia, junto con el antinorteamericanismo, ya extendido al último rincón del país. Un nacionalismo y un patriotismo exacerbados, del tipo de lo que en los años entre las dos guerras era responsable de los excesos cometidos por sociedades secretas como el «Dragón Negro», que entonces actuaban en nombre del militarismo japonés y que habían llegado a crear una situación que se caracterizó como de «gobierno por el asesinato». Bastaba que un gobernante fuese acusado de liberal o de estadista moderado para que corriese el grave e inminente peligro de ser asesinado.

Es evidente que en las manifestaciones que obligaron a cancelar la visita de Eisenhower, podía advertirse un fondo parecido o idéntico incluso al que hacía compañía a los excesos cometidos en esos años pasados por organizaciones y sociedades de tendencias extremistas, pero de derecha, formadas en su mayoría por jóvenes oficiales. Es más, nada hay en ellas que las diferencie, en el fondo, de las grandes manifestaciones de entusiasmo patriótico de los días de la guerra todavía reciente, de los días de las espectaculares victorias japonesas caracterizadas por las cargas suicidas al grito de «¡Banzai!».

Son analogías en las que se debería de haber pensado antes de tomar decisiones imprudentes, como la de realizar esa visita que, al ser cancelada, se tradujo en lo que el presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado norteamericano, J. William Fulbright, calificó como el acontecimiento «más desgraciado para nuestro prestigio y posición».

Es lo que dijo el ponderado «The Times», de Londres: «La cancelación de la visita a Tokio ha sido el golpe más duro para el prestigio de un presidente norteamericano y del Gobierno de los Estados Unidos desde la guerra».

Pero, ¿a qué seguir? Se había cometido un error garrafal. Y los errores se pagan, sin remedio. Y a un precio tanto mayor, cuanto mayores sean el poder y el prestigio de la potencia que los ha cometido, porque son esas calidades que provocan más recelos, suspicias y antagonismos, que demostraciones de sincera admiración y simpatía

JACINTO MERCADAL